

Hablo de una manera franca y sincera de Dios, de la inmortalidad del alma, del ideal de la humanidad, de la dignidad de la razon, de los progresos de la civilizacion, de la independenciam de los pueblos, de los derechos y deberes del hombre, y pruebo felizmente que esas grandes cosas, que hacen sonreir á los menospreciadores de la ciencia, inflaman siempre la inteligencia y enternecen á la juventud.

Permitidme asociar á vuestros nombres la memoria de los estudiantes extranjeros con que estoy relacionado, y que como yo, miran la causa de la filosofia como la causa de la manumision de su patria.

G. Tiberghien.

Febrero 1868.

INTRODUCCION.

I.

Si fuera menester juzgar de la situacion segun los clamores que se levantan alrededor de los focos científicos en Francia, Alemania é Inglaterra, el espíritu del siglo volveria decididamente al *positivismo*. Esa tendencia ¿es formal y favorable al progreso, ó bien es el efecto de uno de esos caprichos de que el público se apasiona alguna vez, como para interrumpir la monotonía de la vida? El sansimonismo, el fourrierismo y el espiritismo han tenido sucesivamente sus momentos de esplendor, y sin embargo hoy yacen en la oscuridad. ¿Nos encontramos en presencia de un meteoro del mismo género? Yo lo creo así, y espero conseguir se convenzan de ello todos aquellos que quieran estudiar con atencion nuestra época, segun las indicaciones de la filosofia de la historia. El lector atento verá en el curso de esta obra que el positivismo, lejos de ser un movimiento progresivo, es simplemente la señal de un estado febril y anárquico del pensamiento moderno, es decir, el síntoma de una crisis.

Bajo este punto de vista puede uno inquietarse todavía, pero la inquietud cambia de objeto: no es el síntoma el peligro, sino la enfermedad que revela.

Esperando la demostración de semejante tesis, hagamos constar la situación. ¿Qué es el positivismo? ¿Qué enseña y cuáles son sus relaciones con el materialismo y el ateísmo contemporáneos? Hé aquí lo que desde luego me propongo averiguar en esta Introducción.

El positivismo es una palabra nueva, una palabra feliz, que encubre una triste y vieja doctrina de tal manera desacreditada, que aun sus mismos adeptos apenas se atreven á confesar. Para cierto público, las palabras tienen una gran influencia. El *materialismo* puede gustar á los sábios, que sólo ven un interés científico en la cuestión del alma y del cuerpo; pero es demasiado conocido en sus consecuencias morales para que jamás haga fortuna entre la muchedumbre. El positivismo, al contrario, tiene cierto carácter de probidad que atrae la simpatía y seduce hasta los espíritus independientes. ¿No somos por ventura positivos los que amamos los hechos y las cifras, que sólo cedemos á la evidencia, y que nos reímos de lo maravilloso y de la mitología de nuestra niñez? Ved ahí el atractivo del positivismo. El gran lógico Stuart Mill estaban alucinado cuando fué seducido. ¿Cuántos otros, extraños á los estudios filosóficos, arrastrados por el ejemplo, han estado afiliados de una manera irreflexiva! Los ignorantes están á merced del primer audaz que cautiva su imaginación. Es la historia de Law aplicada al movimiento de las inteligencias.

Ya es tiempo de abandonar el equívoco y de examinar el positivismo en sí mismo. Es menester no permitir á los *positivistas* gloriarse de ser hombres *positivos*. Un hombre positivo es un espíritu práctico, dotado de buen sentido, á quien quizá falta la grandeza, porque desconfía de los abusos de la especulación, pero que posee un sentimiento muy enérgico de la realidad para ser hostil á los grandes principios de la razón; porque la actividad y las tradiciones de los seres razonables soportan los intereses morales como los intereses materiales. Un positivista, al contrario, es un espíritu exclusivo que tiene la pretensión de conocer únicamente los fenómenos, y que quiere encerrar toda la vida humana en el círculo reducido de los objetos que afectan nuestros sentidos. Un hombre positivo puede, sin comprometerse, aceptar la existencia de Dios en nombre del sentido común, aun cuando haya explotado las creencias religiosas en

nombre de la fé: las opiniones extravagantes ¿impiden toda convicción legítima? Puede sin colorearse hablar del alma y de la vida futura, á pesar de los errores cometidos en esta materia por los filósofos y los teólogos, porque la inmortalidad del alma satisface perfectamente las exigencias de la justicia y de la moralidad: puede aun admitir sin inconsecuencia los derechos imprescriptibles del hombre y la libertad de los pueblos, que no son ménos ciertos que los hechos exteriores, y que además sirven de base al orden público y de condición á la civilización. Un positivista debe condenar, como sueños de casuistas ó metafísicos, todos aquellos dogmas de la razón consagrados por el respeto de los siglos: en fin, un positivista es, dígame lo que se quiera, un ateo y un materialista.

Sin duda los positivistas no están de acuerdo. Un gran número no reconoce hoy por maestro á Augusto Comte. Pero esta conversión no tiene otro objeto que el de evitar algunas excentricidades personales, y no atenta de ninguna manera á los principios de la doctrina. Los últimos positivistas no son ménos fieles al materialismo que los primeros. Todos con más ó ménos franqueza deducen lógicamente las mismas consecuencias. La sola diferencia que se puede establecer entre ellos, es que los unos confiesan y los otros tienden á disimular algunas facetas del sistema, bajo una apariencia de escepticismo. Aun esta diferencia es puramente ilusoria. Por ejemplo, todos explican el alma por la materia y combaten todo elemento absoluto; pero querrán hacer creer que no son materialistas y ateos, porque el materialismo y el ateísmo son hipótesis metafísicas, superiores á nuestra inteligencia. ¡Vana disputa de palabras! La menor atención que se preste á sus proposiciones basta para testificar que no permanecen en la duda, pero que niegan: no son escépticos, pero sí dogmáticos.

Para combatir estas peligrosas doctrinas, que tienden á destruir á la vez los fundamentos tradicionales y los fundamentos racionales del orden moral, precipitando en el mismo abismo la teología y la metafísica, conviene volver seriamente al estudio de la filosofía. No son las matemáticas ni las ciencias naturales las que pueden poner freno á este desbordamiento: se trata del espíritu ó del alma. El escolasticismo tiene á su lado á Santo Tomás y ha probado suficientemente su impotencia á dominar las tendencias de nuestra época. Los más autorizados escritores, que ponían ántes sus esperanzas en la restauración democrática del catolicismo, profesan hoy

otras ideas, y sólo ven consuelo en la razón (1). En efecto, la fe pura no es posible en el estado actual de la cultura humana; sólo la ciencia puede salvar al género humano y conducirle á su fin. Pero la ciencia general, la ciencia de los principios que presiden al orden moral como al orden físico, es la filosofía. A ella, pues, corresponde el honor ó la carga de establecer los principios que deban fundar la sociedad futura. Si ésta, no obstante sus flaquezas, puede aún conducirse por las vías del progreso, lo debe á la filosofía; y si la filosofía tiene una misión que cumplir en este mundo, es la de trazar el ideal de la humanidad.

Desgraciadamente, la filosofía también ha tenido errores en estos últimos tiempos, y sus faltas han levantado muchas prevenciones contra ella. Sus adeptos no han realizado sus promesas. El público un momento desvanecido los ha abandonado. Sábias construcciones fundadas sobre arena ó elegantes declamaciones pueden agradar á la imaginación y al gusto, pero no son un alimento para el espíritu. El pensamiento se alimenta de verdades. De ahí una inevitable reacción en favor de los hechos, contra la filosofía representada en Alemania por Fichte, Schelling, Hegel, y en Francia por Víctor Cousin. El abuso del idealismo alemán y de la ideología francesa ha suscitado un movimiento realista en sentido inverso, guardando proporción con el movimiento rápido de las ciencias naturales. El materialismo es el castigo de la especulación desenfrenada, como el ateísmo es el castigo de la teología retrógrada.

Convengamos en que la filosofía ha perdido su crédito, gracias á las temeridades ó á la insuficiencia de algunos jefes de escuela. Pero depende de ella el repararlo. Los errores cometidos por los sábios nada prueban contra la ciencia. La filosofía ha prestado servicios que no han sido olvidados. En todas las épocas de su desarrollo, ha defendido la causa de la libertad contra el despotismo, de la tolerancia contra el fanatismo, de la dignidad contra el servilismo, de la razón contra el tradicionalismo. Es hoy la sola fuerza moral que puede reprimir en nombre de los principios la descomposición intelectual ó la anarquía de las opiniones y restablecer el orden en las creencias. Que proceda con método y con circunspección, que combine el análisis ó la observación con la deducción ó la síntesis,

(1) T. Huet, *la Révolution religieuse au XIX^e siècle*. Paris, 1868.

que no olvide la práctica por la teoría, que presente sobre los grandes problemas de la naturaleza humana una solución razonada que satisfaga á la vez las condiciones de la ciencia y las aspiraciones morales, políticas y religiosas del espíritu, y su ascendiente será luego reconocido. Terminada la crisis, nada habrá ya de ateísmo, ni de materialismo, ni de positivismo.

Comencemos ahora nuestra información sobre la situación presente.

El 7 de Octubre de 1867, como rector de la Universidad de Bruselas, pronuncié un *Discurso de apertura*, que encierra precisamente los elementos sobre los cuales deseo llamar la atención. Permítame que le reproduzca aquí con algunas adiciones, que no toleraría una sesión pública.

II.

«SEÑORES:

»Dos veces, en el curso de los siglos, la filosofía ha estado expuesta á serias hostilidades. Estuvo perseguida en la Edad media en nombre de la fe: hoy se vé atacada por algunas doctrinas extremas que reclaman el método de observación.

»El público tiene derecho á preguntarnos, en presencia de esta lucha, cuál es la actitud de la enseñanza filosófica en la Universidad de Bruselas.

»El primero que respondió á esta cuestión fué el fundador nunca bien llorado de la universidad libre. Era en 1856. Los Obispos de Bélgica, herederos de las tradiciones de la Edad media, rebelados contra nosotros, nos llamaban hombres perversos, nos acusaban de emponzoñar las inteligencias y de enarbolar la bandera de la impiedad. A estas críticas interesadas y pérfidas, Verhaegen respondió solemnemente, proclamando el principio y la misión de la universidad: «Nuestro principio es el *libre examen*, condición de toda certeza; nuestra misión es la de enseñar la ciencia por la ciencia, sin dejarnos arrebatar por ningún dogma político ó religioso.» Solo tengo que añadir á esta declaración, que á ella hemos permanecido y permaneceremos siempre fieles.

»Pero hoy nos oprimen otras necesidades. Hemos de completar nuestro programa bajo un nuevo punto de vista, colocándonos enfrente de algunas aberraciones del pensamiento moderno.

»Tal es el objeto de este discurso.